



JULIANA DE MEDIA NOCHE

ALEXIA CASTRO



El revólver reposaba bajo mi chaqueta, esperando el momento.

En la esquina podía ver la figura femenina caminando en mi dirección. Su sonrisa me daba náuseas y me ponía nerviosa.

—Hola, Juliana—dijo cuando se encontraba a unos pasos de mí—. El malecón se ve hermoso esta noche, ¿no crees?

Ella sabía que me daba miedo estar allí. Sabía de mi fobia por el mar, pero era el único lugar donde, tal vez, podría deshacerme de ella.

—Veo que no hablas —hizo un puchero—. Quizás por eso tus amigos me prefieren.

Cuando intentó dar un paso más, saqué la pistola y apunté a su cabeza.

—¿Nos conocimos antes? —dije.

—Mmm... No lo sé —sonrió con picardía—. Te he visto toda mi vida.

—¿Y por qué yo nunca?

—Sí lo has hecho, tontita —su risa me hizo asegurar el arma—, sólo que nunca te diste cuenta de que estaba allí.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es —frunció los labios—. Cada vez que fracasas, estoy allí para corregir tus errores.

—¡No es cierto!

—¡Por Dios, Juliana! —la mujer puso los ojos en blanco—. ¿En serio te creíste tan inteligente?

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras ella se acercaba.

—Cuando casi te quedas sin hogar, cuando te internaron en ese hospital... —hizo una pausa para reírse—. ¿Crees que tú lo resolviste?

La sonrisa de la mujer se amplió. Sujetó mi mano armada, empujándola hacia abajo y dejándome vulnerable a sus acciones. Temblaba ante lo familiar de sus manos. Cerré los ojos. Podía sentir su aliento en mi cabello.

—Sin mí no eres nadie —susurró mientras acariciaba mi brazo—, y lo sabes bien.

—¡No! —puse distancia entre nosotras—. ¡Dime quién eres! ¿Por qué te ves igual a mí?

—Escogiste el malecón. ¿Piensas que el mar te ayudará a esconder mi cadáver? —peló los ojos, en forma de burla—. Has visto mucho YouTube, querida.

—¿Por qué tienes mi cara? —me traspiraban las manos y el rostro. Me sentía dentro de una olla de presión, a punto de reventar.

—Nunca te acuerdas de que existo hasta que quieres deshacerte de mí.

La mujer se quedó callada y se volteó hacia el mar. Observó las olas, disfrutando su movimiento.

—¿Cuándo va a terminar todo esto? —sacudí el arma, mientras le apuntaba.

Ella sonrió, y volvió a mirarme. Sus ojos expresaban cierta melancolía.

—Vamos, Juliana —comentó la mujer, relajada—. Tú sabes bien cuándo termina.

—¡Juliana! ¡Baja el arma!

Volteé hacia la voz.

Una mujer vestida de blanco. De pies a cabeza. Parecía un ángel en medio de la noche. Sabía que la conocía, pero no estaba segura de dónde.

—Tengo que matarla... —volví a mirar a aquella mujer igual a mí.

Ella avanzó y colocó su frente contra el cañón de la pistola.

—Vamos, Juliana, hazlo —susurró—. No seas cobarde por una vez en tu vida.

—¡Por favor, Juliana! —escuché al ángel gritar— ¡Ésta no es la solución!

—¡Tengo que matarla! —mis lágrimas fluían sin cesar.

El rostro del ángel irradiaba una belleza inocente, con rasgos suaves, ojos brillantes y sonrisa serena. Otros dos ángeles blancos venían con ella.

Cuando devolví la mirada a la impostora, no había nadie.

El indiferente cañón de la pistola me rozaba la oreja.

—Juliana, tienes mucho por qué vivir —el ángel se acercó—. Regresemos.

Vamos Juliana, aprieta el gatillo. No volverás a sufrir nunca.

Las palabras resonaron en mi mente, mientras luchaba contra el caos.

Con un suspiro, lleno de angustia, bajé lentamente el brazo y dejé caer el arma.

—No. Tú no eres yo —dije a la nada.

Las lágrimas ya empañaban mi realidad, mientras dejaba que la aparición me abrazara.

—No sé qué hacer...

—No te preocupes —dijo el ángel, sobándome el cabello—. Vamos, ¿sí?

Con un gesto vacilante, asentí y caminé acompañada por la mujer de blanco, y mis guardianes, dejando atrás la sombra de la muerte y la mentira.

Aunque no para siempre.

Ella siempre regresaba.